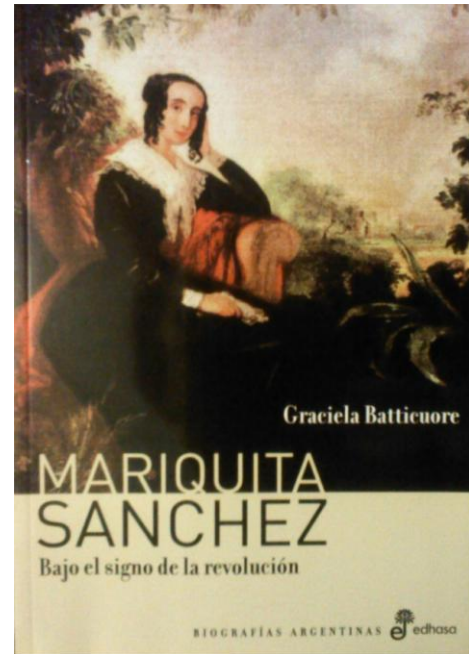




Graciela Batticuore,
*Mariquita Sánchez: bajo el signo de la
revolución*
Buenos Aires
Edhasa
2011
320 pp.



Virginia P. Forace¹

I. La *composición* como propuesta de escritura

Una figura representativa del patriciado porteño, una mujer que colaboró con la causa revolucionaria y cuyo nombre tiene importantes resonancias en la memoria de ese periodo es el objeto de análisis de este exhaustivo libro de Graciela Batticuore. La autora elabora una biografía de Mariquita Sánchez (María Josefa Petrona de Todos los Santos Sánchez de Velazco) donde prima la mirada compositiva del investigador de la cultura; no será así sólo un relato de vida, sino una obra que *componga* una imagen integral de este personaje a partir de la superposición y el ordenamiento de las diversas facetas de su vida privada y pública, a la vez que presenta las transformaciones culturales que ella atestigua:

esta biografía intenta no sólo aproximarnos más profundamente al personaje [...]. Se trata, además, de visualizar a través suyo los zigzagueantes lazos que entreveran lo *público* y *privado*, las formas cambiantes que adoptan las prácticas políticas a lo largo de su vida y del siglo. Pero también se trata de hurgar en la dimensión cultural y literaria, para comprender que en aquellas primeras décadas de la centuria *convivieron* modos y experiencias diferentes de ser escritor/a. (14-5)

Mariquita fue una mujer prominente a comienzos del siglo XIX y su intervención no se redujo a la organización de tertulias donde se practicaba una sociabilidad de época, sino que su influencia se extendió al ámbito de la política, la cultura y las relaciones personales

¹ Profesora y Licenciada en Letras (UNMdP). Becaria doctoral por CONICET. Contacto: virginiaforace@yahoo.com.ar

de una élite expuesta a las aceleradas transformaciones de principio de siglo. Patriota de primera hora, mujer comprometida luego con la causa rivadaviana, exiliada junto a muchos de los escritores románticos (J. M. Gutiérrez, J. B. Alberdi, E. Echeverría, D. F. Sarmiento) en la década del treinta, colaboradora de la política de Urquiza después de Caseros, maestra en el dominio de una cambiante sociabilidad y cultura del trato y escritora prolífica para su círculo de relaciones, todo esto y más fue este personaje, quien exige para su abordaje un acercamiento a partir de los diversos aspectos y saberes que exhibía. Así elige hacerlo Batticuore al organizar su libro seis capítulos y un apéndice que, más allá de una distribución cronológica, ensayan una organización temática que entreteje la vida íntima de Mariquita con su participación en el espacio público y su dominio de los saberes de época.

II. Una mirada retrospectiva desde una nueva mentalidad

La primera imagen de Mariquita que compone la autora busca presentarnos a una joven que exhibe una nueva mentalidad, la cual se enfrenta a los cánones tradicionales de la cultura tardocolonial. Dos situaciones permiten contrastar estos aspectos: por un lado, la reconstrucción de su opinión respecto de la colonia a partir del análisis de *Recuerdos de Buenos Aires virreinal*; por el otro, la dilucidación de los significados que tuvo su casamiento con Martín Thompson.

En el primer caso, Batticuore señala cómo, en esta crónica escrita hacia 1860 a pedido de su amigo Santiago Estrada, Mariquita presenta una visión en extremo negativa del pasado prerrevolucionario, signada por el terror, la ignorancia y la carencia material y cultural que imponía la dinámica colonial. Observa, además, las omisiones intencionales que realiza esta escritora en su relato, cuando decide *no hablar* de las innovaciones y novedades culturales que se empezaron a introducirse en el último cuarto del siglo XVIII en la ciudad porteña.

En el segundo, el casamiento con Thompson, impecablemente fundamentado por cartas inéditas y la mencionada crónica de Mariquita, la autora nos conduce por un episodio donde una joven de quince años rechaza públicamente el candidato seleccionado por sus padres y elige entablar un juicio contra ellos para garantizar su *derecho* a elegir esposo. Esto no sólo nos habla de su carácter sino también presenta un caso puntual donde las ideas tradicionales, asentadas en las leyes reales, colisionan con una nueva mentalidad naciente. Lo novedoso será actuar según se siente y se piensa, manifestando a la vez una mentalidad ilustrada y pro romántica.

Ruptura con los códigos de la vida virreinal al concebir el honor en sintonía con la libertad, el saber y los derechos, autonomía y fortaleza de carácter, repudio al pasado colonial, son los rasgos iniciales de una personalidad que comienza a delinearse así en el primer capítulo del libro.

III. Luces y sombras de la imagen pública e histórica

La imagen de Mariquita que ha perdurado en la memoria de los argentinos ha sido la de la patriota “de la primera hora”, anfitriona de tertulias de alto sesgo político, donde se discutía y definía el destino de la patria entre una élite reducida. Batticuore desarrolla este aspecto en el segundo capítulo a partir del análisis de las representaciones que de ella se forjan en ese momento y que se consolidan en el imaginario a partir de relatos de testigos, crónicas y

pinturas conmemorativas. Es el caso del cuadro de Pedro de Subercaseaux, quien diseña una escena de sociabilidad en un ámbito privado, el hogar de Mariquita, donde se canta por primera vez el himno nacional (aunque también se presentan otras versiones); también lo es la donación de armas compradas con sus joyas realizada por el grupo de mujeres de la élite para apoyar la causa revolucionaria, episodio que expresa su preocupación por ganarse el nombre de ilustres patriotas, y situar así “la posición de las mujeres en el mundo politizado de la primera década del siglo XIX” (71).

Esta es la imagen cristalizada que la historia en general ha perpetuado; sin embargo la autora de este libro propone ir más allá y sacar del olvido otras representaciones que también formaron parte de su imagen pública, como la “Mariquita siniestra” que los miembros de la diplomacia francesa difundieron entre 1832 y 1836. Recordemos brevemente los motivos: el segundo esposo de Mariquita, Jean B. W. Mendeville, fue nombrado Cónsul francés de Buenos Aires en 1828, pero en 1830, cuando su reemplazo intenta tomar el cargo, es neutralizado por presiones rosistas, quedándose Mendeville con él hasta 1835. Este y otros confusos episodios representan una mancha para la reputación de la pareja y un aprendizaje:

Si hasta ese momento ella había mantenido siempre con orgullo la imagen de patriota ilustrada, y había logrado distinguirse a sí misma como parte de una cofradía de patricios rioplatenses que había llevado a cabo la revolución a través de las ideas más modernas y progresistas de su tiempo, en esta nueva etapa de su vida Mariquita va a descubrir que no es posible sostener una intervención política oficial y más directa, sin comprometer el buen nombre o la reputación personal. (136)

El retrato de una Mariquita inescrupulosa, manipuladora, ávida de poder y cuya ambición no conoce límites la componen los funcionarios franceses y tiene repercusiones en la prensa, especialmente luego de la inesperada muerte de Vins de Peysac, reemplazo de Mendeville en el consulado. Esta imagen ha sido prácticamente olvidada, pero es realmente una fortuna su inclusión en el capítulo 3 por parte de la autora para profundizar el conocimiento de este complejo personaje.

El mismo sentido tendrá la humanización de Mariquita realizada en el capítulo 6, cuando se la presente como una mujer que atravesó duros trances económicos y familiares, que la llevaron a manejarse como un “comerciante” para mantener las apariencias de una fortuna hace muchos años perdida. Una política del remiendo, el negocio de la compra-venta, los remates, las permutas, los intereses, todos aspectos que exhiben la materialidad de su vida diaria.

IV. Escritora para un público selecto

La escritura constituyó una actividad permanente para Mariquita, cuya función se extendía más allá del simple quehacer cotidiano; era un instrumento de sociabilidad que permitía mantener las relaciones de un círculo social, por momentos, desperdigado por el orbe. Si bien ella no llegó a concebirse a sí misma como autora (sólo fue publicada póstumamente), sí fue, bajo todos los parámetros del siglo XVIII y XIX, una *escritora*; cultivó los géneros breves –cartas, diarios, memorias– que en esa época no constituían géneros necesariamente íntimos porque proyectaban un público mucho más amplio que el destinatario singular; sus

textos, como muchos de los de sus contemporáneos, recorrían un circuito de circulación que incluía, entre otras cosas, la lectura en voz alta en las tertulias y entre los miembros selectos de la élite. Por eso, Batticuore se ocupa de evocar este aspecto de Mariquita, algunas veces relegado, en varias secciones de los capítulos 4 y 5, a partir del análisis de los textos inéditos o menos explorados de esta escritora, como es el caso de su correspondencia.

El periodo seleccionado es el que corresponde al rosismo, cuando las cartas se convirtieron en un quehacer prioritario y vital para sostener la red de vínculos y asegurar la vida de un círculo disperso. La autora diferencia diversos tipos de cartas: las que intentaron consolar a los que se habían quedado en Buenos Aires, quienes diseñaron en sus cartas una ciudad transformada, una sociabilidad paralizada, y un espacio barbarizado; otras que fueron portadoras de opiniones, ideas y juicios sobre la vida política o llevaron noticias para los publicistas –como las enviadas a su hijo, Juan Thompson, y el *Diario* redactado para su amigo, Esteban Echeverría–, donde Mariquita se convierte en una “corresponsal política”. Gracias a este recorte se distingue con mayor claridad la Mariquita escritora:

la actuación de una Mariquita escritora –de cartas, de diarios, de poesías–, que se proyecta permanentemente como tal ante su círculo de allegados, que se vale de la escritura literaria para ejercitar entre los suyos una clase de influencia que busca redundar en el plano político (los poemas fortalecieron los sentimientos antirosistas de su círculo de amigos) y también literario” (192)

Ella es una escritora que *sabe decir* y *sabe opinar*, no sólo a través del análisis que realiza de los hechos sino también a partir de los poemas alegóricos que envía a sus amigos, donde reflexiona sobre la realidad política; a su vez, también *sabe entretener* con un tono festivo y lúdico, como con las versificaciones de tono jocoso o de corte filosófico, o de temática amorosa y cotidiana, que remite a Buenos Aires para su hija Florencia o sus amigos íntimos. Esto constituye, como explica Batticuore, una manera de ser escritora del siglo XVIII para la cual “no se necesitaban libros sino público” (193).

V. La cultura del trato

Organizar tertulias, mantener relaciones con personalidades, ser “mediadora” entre amigos y conocidos, todas eran actividades ineludibles para una dama de sociedad. La sociabilidad y la cultura del trato son los ámbitos donde Mariquita realmente se destacó entre los suyos. Dentro de este modelo, el espacio privado del hogar, donde se llevaban a cabo la mayoría de las reuniones, era un lugar privilegiado que requería continuos cuidados. Así lo explora Batticuore en el capítulo 3 a partir del análisis de las reformas edilicias realizadas en la casa de Mariquita en la década del veinte. La casa se convierte no sólo en el instrumento fundamental desde donde ella y su esposo (Jean Mendeville) ejercen su influencia, sino también el terreno que expresa simbólicamente, a partir de sus renovaciones, el acompañamiento al proyecto político rivadaviano de modernización cultural.

El ejercicio del arte de la sociabilidad, el cual exigía de ese escenario adecuadamente decorado, fue una práctica continua en la vida de Mariquita; no sólo fue anfitriona en su casa de Buenos Aires, sino que también fundó un nuevo salón en

Montevideo, luego de su exilio definitivo en 1838. Allí define su rol de opositora a Rosas, ayudando a muchos para lograr el exilio o brindando información a los publicistas de ambas orillas, y continúa desplegando su influencia “educadora” sobre los nuevos jóvenes del grupo. Este rol de “madre ilustrada” es desarrollado en el capítulo 4, donde la autora explora cómo se realizaba en las diversas tertulias la educación de las nuevas generaciones en los códigos y saberes de época que eran requisito para desenvolverse en los círculos de las élites.

Es así que Batticuore escribe no sólo la historia de una vida, sino la de los espacios, los objetos y los saberes que eran indispensables para que ella se desarrollara en los círculos de la élite, permitiéndonos “situar al personaje en ese perfil que lo singulariza del resto y lo proyecta, a su vez, en una dimensión múltiple que va de lo íntimo a lo público, cubriendo el plano de lo personal, lo social, lo político, lo literario.” (22)

VI. Sensibilidad literaria y análisis crítico

Las páginas del libro de Batticuore entretienen algunos de los episodios más importantes de nuestra historia nacional con la vida privada de una de las protagonistas de ese periodo. El acercamiento combina un impecable trabajo de investigación y archivo, que saca a la luz documentos inéditos, con una sensibilidad literaria que sabe mantener el ritmo del relato a la par del análisis crítico. Esta particular propuesta forma parte de la colección dirigida por Gustavo Paz y Juan Suriano “Biografías Argentinas”, que busca retratar y entender la vida de hombres y mujeres que tuvieron un rol relevante en la historia del país. La biografía de Mariquita –junto al resto de los títulos, los que por el momento incluyen el libro de Klaus Gallo sobre Bernardino Rivadavia, el de Fabio Wasserman sobre Juan José Castelli, la biografía de José Miguel Carrera escrito por Beatriz Bragoni y el de Pablo Buchbinder sobre los Quesada– intenta dilucidar la manera “de pensar, de sentir y de posicionarse en el mundo” (93) de este personaje complejo.

Considerada por sus contemporáneos como una colaboradora y una interlocutora valiosa, fue también una escritora prolífica que “supo ser a un tiempo *ilustrada* y *romántica*: esto es, amante de la “razón” y la “moderación”; muy propias del siglo de las luces. Pero también sensible a los ideales estéticos que marcaban el rumbo de las nuevas tendencias literarias” (13). Su tendencia hacia “lo nuevo” la hizo estar siempre sincronizada con su tiempo, situándola en el centro de un grupo de intelectuales que promovieron el cambio en todos los aspectos posibles de la sociedad rioplatense. Así fue hasta el final de su vida, cuando ya había comenzado a convertirse en el imaginario de sus contemporáneos en el personaje que hoy conocemos; tal como lo expresa Batticuore: “[en] la década del sesenta, mariquita Sánchez aparece ante los suyos como una suerte de sobreviviente del pasado. *Ella y su casa encarnan un estilo, una cultura, una manera de ser y de vivir que han comenzado a extinguirse*” (287).